Gracián
o la picaresca pura

La decadencia de la novela y el auge de la concepción picaresca de la vida. Un reajuste de conceptos.

Moral de paradigmas—moral de convivencia.

Sentido del ascetismo picaresco. Totalismo ético aniquilador del mundo. Justificación de la conducta por el aniquilamiento moral de la sociedad. El verdadero dramatismo de la picaresca. Pervivencia de un pseudo-picarismo *formulario.*

Tránsito de concepto moral picaresco desde Alemán y Quevedo a Gracián. No hay hombre con hombre. *La araña y la culebra. Teoría de la vidà humana. El camino y la libertad.* No tienes que temer, que cautelarte sí.

Sincretismo temático y estilístico. El espejismo de la gloria. La sociedad y la independencia. Hacer depender *y* no depender.

Moral en zigzag. La treta. Prudencia y dominio. Milicia contra la malicia. Las encarnaciones del Engaño. Tahur prudente.

La huída hacia delante.

1

EL hecho extraño de la decadencia de la novela española en el siglo XVII coincide con otra manifestación importante que urge interpretar: Es el doble fenómeno de que los contenidos novelescos, que se van adelgazando más y más, se disipen casi por completo al calor de preocupaciones morales, cada vez más extensas, si no más intensas, y que junto a este proceso de desnovelización típicos motivos de literatura picaresca crezcan y se expandan por todo el ámbito de las letras hispánicas. Se los encuentra a veces donde menos se espera. – ¿Hay relación entre ambas cosas? Este paulatino *desnovelizarse* la novela, ¿tiene algo que ver con estotra expansión del rencor, del malestar, con este estado de conciencia, confesión de anomalías sociales y reconocimiento de la propia desidia, de la propia indisciplina, de la propia ineficacia? Creemos

que sí, y en las páginas que siguen quisiéramos ver en un ejemplo eminente algunos rasgos curiosos de todos esos fenómenos. A medida que nos vamos libertando de los muchos tópicos corrientes otrora sobre el picarismo y sobre la *novela realista* española, va cobrando necesidad histórica la aparente paradoja de que una manera de ser moral y social, alimentada por profundas raigambres raciales, lejos de dar vida al arte español, absorbiera sus jugos y lo dejara exangüe. Por algo el destino de la novela y el del teatro fueron diametralmente contrarios. La falsa moral que frustró a ésta dejó aquel horro. La novela, que parecía nacer como un género en libertad, se echó encima cadenas pesadísimas, de las que no se vió libre hasta que, de la mano de Cervantes, consiguió franquear las fronteras de España.

Pero la historia sabe responder mal sobre el porqué de las cosas. Quisiéramos saber la causa de estos hechos—¡de tantos otros!—, y hemos de contentarnos con una interpretación humilde que, dándoles un preciso contorno, situándolos con exactitud, permita un reengarce, una asociación nueva. La tarea no es nada fácil cuando se trata de fenómenos del mundo hispánico. Las confusiones entre nosotros han sido tantas, los arrastres y derrames inoportunos han parado las cosas de tal modo, que el

simple desbroce, no ya deslinde y ordenación, consume energías considerables. Nunca un ensayo fué tan *ensayo* como éste.

Al hablar de picaresca y picarismo podemos prescindir de los pícaros, manifestación de algo menos patente y más complejo que la mugre y el hambre. Empezamos a ver con claridad que ni siempre que aparecen pícaros hallamos picaresca, ni al contrario. Es un mérito eminente de Américo Castro haber demostrado que esto es así y haber trasladado el núcleo del problema de la literatura a la moral (1). Son las actitudes morales de los siglos XVI y XVII las que pueden permitirnos elaborar un criterio e intentar una ordenación. Primeramente un punto de referencia.

2

El humanista tuvo la obsesión de los paradigmas éticos. Más que cualquier imperativo abstracto, la hazaña magnífica de algún héroe antiguo fué para el humanista norma y estímulo. Puestos en el más remoto horizonte histórico que conoció el humanismo, los grandes paradigmas morales aparecen como desligados de cualquier determinación histórica. Despersonalizados, deshistorizados, llegan a ser pu-

ros ideales, desesperantemente inasequibles. Al buscar las normas de la conducta, la conciencia está como cohibida por el recuerdo; el modelo puede pasar por ley.

La fuerza moral que anima la hazaña llega a ser virtuosidad más que virtud. Exornadas con elegantes perífrasis en la prosa de los humanistas, Lucrecia o Porcia, aducidas siempre en comparación con alguien, traídas a cuento como parangón moral, se nos antojan verdaderas *virtuosas* de la castidad. Misión de la historia era destacar convenientemente estos máximos documentos de la virtud humana y legarlos al futuro. Si los ejemplos fulgurantes del heroísmo antiguo se nos siguen imponiendo con fuerza de imperativos, ello se debe a la eficacia de los historiadores. Como antes lo valorado, la manera de valorar se norma también con referencia a grandes modelos. Las cosas valen lo que vale su historia escrita. La barbarie medieval ha extirpado del mundo el heroísmo.

Esta ética humanística estaba ya derrocada, y aún seguían utilizándose sus restos para exorno de escritos solemnes. Su valor era ya meramente ornamental. Aún seguía Lope sembrando sus comedias de alusiones a personajes venerables por su virtud y su rareza. Si en *La corona merecida,* por ejemplo,

nuestro gran poeta se ve en el caso de enumerar largamente a los héroes y a las heroínas de la castidad, ya trata sólo de deslumbrar con los nombres extraños de personajes de muy imprecisa realidad: Baldraca o Fara, Ciane o Medulina – nombres que él había ido espigando en la *Officina* de Ravisio Textor.

No sabría decir cuándo comienza esta desvirtuación del carácter paradigmático de la virtud antigua. Los mismos humanistas, con sus compilaciones, sus lugares comunes, sus polianteas, la habían ido preparando. A lo largo del siglo XVI, mientras ocurre el reajuste de los estados católicos y el reajuste de la moral, se va adquiriendo conciencia de que no es misión de la ética destacar modelos – inasequibles – de heroísmo, sino más bien normar modos de convivencia humana. Esta cuestión va implícita en el problema global de la picaresca.

3

Cuantos se han ocupado de ella no han dejado de señalar, con muy varios propósitos, la extensión y la pertinacia de sus digresiones morales. Se ha censurado el copioso sermoneo con que Alemán o Espinel se gozan en interrumpir los relatos de las

aventuras de sus héroes; se ha explicado el fenómeno por la necesidad de paliar crudezas; se ha insinuado que la actitud moral de la contrarreforma imponía una justificación de estos libros, que no sólo eran *mentirosos* a fuer de novelescos, sino que proferían mentiras desagradables, sordideces morales junto a fealdades físicas. Quizá vale la pena examinar la cuestión por otra de sus faces. Ni creemos que la superposición regular de sucesos novelescos y sermones a todo lo largo de libros voluminosos y de muy nutrida lectura en general, sea una mera receta que pueda examinarse aisladamente o en relación a la eficacia artística de los resultados.

Ultimamente, A. Castro ha abordado el problema con nuevos, más finos y más exactos criterios. Nota esencial de la picaresca es, para Castro, la tendencia a desvalorizar la vida y los contenidos de la cultura. El rencor del pícaro, como el rencor del monje, deja la vida en hueco, la vacía, la aniquila. Nada tiene de extraño que las formulaciones de Alemán coincidan a veces en todo con las de los más acendrados y acerados escritores ascéticos.

Sin embargo, claro es – tampoco lo pretende Castro – que nadie puede tomar indistintamente un pícaro por un asceta. Entre una posición ascética y la verdadera picaresca hay, por debajo de delibera-

das concordancias—deliberadas por el novelista picaresco—, una nota diferencial muy clara: el totalismo moral, de que el pícaro se hace eco, al mismo tiempo que contribuye a destruir los valores que puedan existir en la sociedad en torno, son una justificación de la conducta ante la propia conciencia y ante el juicio de los demás. El verdadero dramatismo de la picaresca reside en que, yendo el pícaro por la vida arrastrado por pasiones y apetitos incontrastables, obrando a impulsos de un determinismo —familia, educación, compañías, medio—inflexible, su conciencia no ve posibilidades de superar la moral recibida y, formalmente, acatada. Una de las cosas que al lector moderno sorprenden sobremanera en la lectura de libros picarescos—del *Guzmán de Alfarache* sobre todo—es la ausencia absoluta del más leve matiz revolucionario. La justificación de la conducta pícara se consigue, paradójicamente, por una exaltación de los ideales éticos. Este es el procedimiento a que el pícaro acude para dejar el mundo moral vacío de contenido. Notemos la curiosa relación en que esta ética se sitúa con respecto a la del humanismo. Si antes el modelo heroico era sobre todo estímulo de la conducta—estímulo casi ineficaz, tan altos estaban los modelos—, ahora los imperativos proclamados con rencorosa estridencia

sirven para poner de relieve la sordidez de la conducta humana. Nada hay en el mundo que merezca respeto; ¿y no lo mereceremos nosotros, que siquiera tenemos el valor de presentarnos ante los demás serenos en nuestra imperfección, libres de hipocresía? Si el pícaro roba, una ojeada en torno tranquiliza su conciencia: todos roban. Subamos un poco la normal de la honradez, interpretemos con malévola sutileza los actos de los demás: nuestra conducta, por más natural, por más humana, por ser franca hasta el cinismo, aparecerá menos impura. De esta manera se nos va revelando el hondo dramatismo que conmueve la conciencia del pícaro—, cuando el pícaro, claro es, como en Alemán, como en Quevedo, tiene posibilidades y hábito de meditación. Necesitan deshacer la sociedad en que viven a desgana para aquietar esta conciencia satánica que se debate entre los estímulos del instinto y los imperativos de una moral que les impone el sacrificio que ellos no saben prestar: conducta reglada, continuidad de esfuerzo.

Totalismo moral. Desprecio de lo posible por lo supremo—inaccesible. Y ante el fracaso íntimo, una crítica despiadada de los aparentes triunfos de los demás. Salvación de la conciencia por el aniquilamiento del mundo, justificación de la conducta pasa-

da, y lo que es mejor—el mundo no cambia—, de la futura.

En los grandes artistas de la picaresca española —hemos de nombrar nuevamente a Alemán y a Quevedo—, todos estos motivos tienen una especial coherencia y ellos condicionan su arte mismo, su visión de los personajes, de las situaciones, su sentido del estilo. Hubo, claro es, picaresca y picaresca; hubo, aún en el siglo XVII, honrados y vulgares continuadores de la tradición—incomprendida y ya incomprensible—del *Lazarillo.* Leyendo la vida de Marcos de Obregón se experimentan frecuentes sorpresas. ¡Aquí sí que hay sermoneo inútil! Es probable que Espinel fuera el clérigo apicarado de que con frecuencia se habla; de ser así, su drama íntimo quedó fuera del libro, uno de esos libros meramente *bien escritos* de que tan pródigo fué nuestro siglo XVII. Como *El donado hablador,* como tantos más. Pero coexistiendo con ellos y relacionados con la picaresca genuina, fueron apareciendo otros cuya influencia fué deletérea. A ellos nos referíamos al comenzar. Sería largo exponer cómo de la hibridación de la *novela ejemplar,* la novela documento o aviso, con temas picarescos, fué surgiendo aquel tipo aburridísimo de novela, breve generalmente, a la que era necesario que la Corte fuera una Babilonia llena de peligros,

que a cada paso necesitaba recurrir a las muchas trampas y asechanzas en que caen los inexpertos, para tener tema narrativo. ¡Qué cosas no escribieron, con este propósito de desengañar incautos, Salas Barbadillo, Castillo Solórzano y otros de su estirpe literaria! Aquel incógnito Liñán y Verdugo, autor de uno de los menos ilegibles libros de este grupo, tuvo un acierto extraordinario al rotular su colección de novelitas: *Guía y avisos de forasteros que vienen a la corte.* La moral acababa por corroer cuanto de novelesco aparecía a los ojos de estos escritores. Moral sabida y prevista. Cuando era necesario arremeter contra monstruos que la mezquina realidad española no ofrecía, esos monstruos eran elaborados por superposición de rasgos inconexos. Con muy parvo ingenio. Los magros contenidos quedaban cada vez más ahogados bajo los trabajosos arrequives literarios de un estilo que no tenía de Quevedo más que las sombras y los lejos. Desde *El curioso y sabio Alejandro,* de Barbadillo, hasta los caracteres que Zabaleta fué ingiriendo en sus *Días de fiesta,* puede estudiarse el proceso de esta victoria de la preocupación ética sobre una materia novelesca cada vez más tenue. Ahora la sustantivación de lo moral obraba un prodigio extraordinario: conservaba el tópico picaresco, repetido sin convicción, formula-

riamente. Porque sin abominaciones, sin censuras, sin ataques contra los vicios que infestaban la corte, sin garitos, sin barateros, sin busconas, ¿qué hacer de todas aquellas exaltaciones morales tan cuajadas de figuras, tan floridas de epítetos?

4

La moral picaresca—retengamos esto—es la que exalta máximamente la norma ética para operar, con relación a ella, una desvaloración de las actividades humanas, consiguiendo así justificar la conducta propia, real o posible, la propia laxitud, la propia indisciplina. Entre pícaros, cuando se consuman reales *picardías,* esa posición ética es sobremanera clara. ¿No habrá también picaresca sin pícaros? ¿Cómo sería la picaresca sin pícaros, pura, o mejor, depurada?

Cuando—después de Quevedo—se vuelven a escuchar palabras genuinas de moralismo apicarado nos hallamos enteramente fuera del campo novelesco. Los contenidos de la novela se han disipado por completo. Va a ser un moralista el que recoja las enseñanzas de Alemán, el que repita sus mismas palabras.

No hay hombre con hombre—dice Alemán en el más dramático capítulo de su novela, en aquel soliloquio en que Guzmán renuncia—¡renuncia!—a mandos y honores, porque ¿qué sabemos del mayordomo del rey Don Pelayo ni del camarero del conde Fernán González? No hay hombre con hombre. *Todos roban, todos mienten, todos trampean... Todos vivimos en asechanzas los unos de los otros, como el ratón para el gato o la araña para la culebra* (lib. II, cap. IV). *No hallaréis cosa con cosa* —advierte Gracián del mundo *(Criticón,* I, cr. VI). Todos van por extremos *(ibíd.,* V). *La virtud es perseguida, el vicio aplaudido, la verdad muda, la mentira trilingüe... El derecho es tuerto.* Reparad en un ministro de la justicia—uno cualquiera—: *Con nadie se ahorra y con todos se viste, a todos les va quitando las ocasiones del mal para quedarse con ellas... Destierra los ladrones por quedar él solo* (II, cr. VII. Entre estos dos, como tercer jalón, recordemos aún el texto de Quevedo: *Para ser rico habéis de ser ladrón, y no como quiera... Si queréis ser honrado habéis de ser adulador y mentiroso... Si queréis medrar habéis de sufrir y ser infame. Si os queréis casar habéis de ser cornudo...,* en *El entremetido, la dueña y el soplón).*

Apenas habrá en la literatura española un libro

de más extraño atractivo que *El criticón,* en que de sorprendente manera se van entrelazando los más diversos temas. El de Andrenio—estado de naturaleza frente a estado social—aún ha de mostrar más adelante, en la literatura europea, fecundas posibilidades de desarrollo. Aún no tiene Gracián la ecuanimidad, la frialdad satírica necesaria para hacer de Andrenio un *huron* amable en medio de una sociedad de frívolos y corrompidos. Su crítica se mueve entre vaguedades morales generalizadoras, y reales, sentidos rencores que agudizan su visión y envenenan sus palabras. No bastan unas leyes, un poco de educación para remediar males que arrancan de la misma naturaleza humana. Todo el mundo, todo el siglo se va mostrando a sus ojos de resentido para recibir dicterios indignados. *Siglo de lodo* el suyo. Como los autores de las rencorosas danzas de la muerte y de otros tardíos frutos del Desengaño, Gracián contempla el mundo—el gran teatro del mundo, dice, con frase que no debe ser una mera coincidencia—, y en él el fin de la ilusión humana. ¿Qué es la vida del hombre? *El mundo le engaña, la vida le miente, la fortuna le burla, la salud le falta, la edad se pasa, ...el bien se le ausenta, los años huyen, los contentos no llegan, el tiempo vuela, la vida se acaba, la muerte le coge, la sepultura le tra-*

ga, la tierra le cubre, la pudrición le deshace... (I, VII).

Coincide Gracián con los picarescos en su visión desolada del mundo y de la vida, como coincide en muchos aspectos de su técnica. Novela de peregrinación es la suya, novela de camino, de andanzas incesantes remansadas en pocas peripecias. Novela en que el camino determina la marcha, y de la que está ausente la libertad. Hay en el *Guzmán de Alfarache* un momento maravilloso que, aun siendo breve, vale por largos capítulos de los que siguen. Es aquel en que Guzmanillo se despierta en las gradas de la ermita. *No sé si me despertara tan presto si los panderos y bailes de unas mujeres que venían a velar aquel día, con el tañer y cantar no me recordaran. Levantéme..., hambriento y soñoliento, sin saber dónde estaba, que aún me parecía cosa de sueño. Cuando vi que era de veras dije entre mí: echada está la suerte, vaya Dios conmigo. Y con esta resolución comencé mi camino...* (lib. I, cap. III). ¡Maravilloso comienzo de jornada! El camino y la libertad. Guzmán no sabe aún que camino y libertad son términos que se excluyen. A los pocos lances tendrá el pícaro plena conciencia de ello, y esa visión de un mundo en que no hay hombre con hombre. Al sentimiento de plena libertad va a se-

guir – consecuencia del goce omnímodo de esa libertad y de los subsecuentes conflictos – una estridente afirmación de la norma. Todo se ve a una luz agria. *Si salíamos por las calles, donde quiera que ponía la mira todo lo vía de menos quilates, falto de ley, falso, nada cabal en peso ni medida...* (lib. II, cap. IV.)

También Andrenio ha sentido la libertad y ha vivido libre en la naturaleza. Con una transparente alegoría, que quizá proceda de la leyenda piadosa de *Barlaán y Josafat,* Gracián nos ha mostrado el maravilloso despertar de la conciencia humana ante la naturaleza. También Andrenio ha de aprender el desengaño a lo largo de sus andanzas. El, feliz entre las fieras, aprenderá la infelicidad en el comercio humano. *Dichoso tú* – dice Critilo –, *que te criaste entre las fieras, y ¡ay de mí!, que entre los hombres, pues cada uno es un lobo para el otro, si ya no es peor el ser hombre* (I, IV).

En su peregrinación por la vida, Gracián va descubriendo monstruos extrañísimos, grandes muchedumbres de gentes, pocas personas. Ni más ni menos que un humanista, pero con muy otra intención, Gracián va sembrando sus páginas de nombres eximios destinados a hacer ver que los tiempos eran de máxima depresión. Ni heroísmo ni virtud. *No es este siglo de hombres* (I, VI). Cualquier rasgo virtuoso puede

figurar entre las más peregrinas rarezas. ¡Qué cosas se encuentran, objetos únicos, en el museo de Salastano! *Un hombre de bien en estos tiempos... Y lo que es más, su mujer... Un docto premiado..., un casamiento sin mentiras..., una mujer sin enredo... y el mundo, mundo* (II, II). ¿Cómo conducirse entre estas gentes? Gracián es hombre grave, pertenece a una de las más poderosas órdenes monásticas de la cristiandad, posee ingenio agudísimo, ama la originalidad sobre todas las cosas. El no ha de incurrir en la picaresca vulgar, no ha de ser lo que todos. La noción de que vale más *ser necio con todos que sabio a solas* (I, VII) se destaca con propósito de censura. Pero ya Alemán había expresado con rara elocuencia el principio de esa moral de acecho que el jesuíta va a formular en lapidarios aforismos. A los que penetran en un mundo en que van a ser víctimas de peligrosas asechanzas, Gracián les grita: *No tienes que temer, que cautelarte sí* (I, VI). La cautela, primera norma de conducta. Pero ¿por qué y para qué?

5

Más que crear estilos y formas, en la vida como en el arte, los hombres de letras del siglo XVII fueron

grandes acopladores y combinadores de formas y estilos. Suele llamarse barrocas obras que, lejos de representar una nueva ley, rectora de los elementos del estilo, no suponen en realidad sino un sincretismo temático o estilístico. Difícil sería encontrar mejor ejemplo de lo que ese sincretismo – maridaje y desvirtuación – significa, que Gracián. En su obra se acoplan las cosas más dispares; las ricas minas del humanismo europeo son abundantemente explotadas por el ingenioso jesuíta. Los mismos tipos humanos que él trata de cultivar, o que meramente ensalza: héroes, discretos, príncipes perfectos, son de rancia tradición humanista, como el propósito educativo que va a aprovechar el genio y a conseguir el ingenio, *ejes del lucimiento discreto,* que la naturaleza alterna y el arte realza *(Discreto,* I). El estudio de esos artificios educativos, sin cuya asistencia *toda se corrompe la naturaleza (Criticón,* I, I) no es enteramente de este lugar. Señalemos meramente ciertas metas a que se tiende. La gloria, la gloria humanística, cuya administradora es la historia, aparece frecuentemente en el *Criticón* como el fin máximo a que cabe aspirar (cito entre muchos un curiosísimo pasaje del *Criticón,* II, IV). Es la gloria del esfuerzo, la gloria insobornable que sólo se obtiene con aquel extraño menjurje

que Critilo adquiere en la feria de todo el mundo: un poco de tinta mezclada con aceite. *(... el aceite de las vigilias de los estudiosos y la tinta de los escritores, juntándose con el sudor de los héroes y tal vez la sangre de las heridas, fabrican la inmortalidad de su fama,* I, XIII.) Nos encontramos frente a amables tópicos renacentistas que en la educación jesuítica tuvieron amplio lugar; no pocas veces, ante las extrañas alegorías gracianescas, recordamos los dramas escolares de los jesuítas, en que la Diligencia o la Ignavia, el Trabajo honesto o el falso Honor, se presentaban a vista de los alumnos, motivando sanos y piadosos consejos y documentos. Hasta aquí todo parece en orden. Pero pronto la otra línea, la de la renuncia amargada, la del rencor, incide en este plano de moralidad pacata, y el conflicto se recrudece. Si en el mundo *todo va al revés,* si *la virtud es perseguida y el vicio aplaudido,* si *los libros están sin doctor y el doctor sin libros,* si *la discreción del pobre es necedad y la necedad del poderoso es alabada* (I, VI), si la fortuna siempre escoge al menos idóneo y cabe ella el Favor alarga la mano a quien se le antoja, *y esto sin más atendencia que su gusto, que debía ser muy malo* (II, VI), ¿cómo coordinar aquel estímulo con todas estas realidades? Nos encontramos con que aquella gloria

que se proponía como aspiración suprema era un falaz espejismo, algo sin vigencia actual, sin sentido en este siglo de lodo. Un lejano y estrecho celaje, que parece ennegrecer más las lobregueces que nos rodean. El Desengaño nos sigue, y va musitando sin cesar propósitos de renuncia, palabras de tedio. Renuncia y tedio de discreto. Para Gracián, el Desengaño parece confundirse con la Discreción. Y el discreto se abstiene para sostenerse.

Desde Castiglione el tema de la cortesanía, forzosamente asociado al de la discreción, había dado motivo a no pocas disertaciones, sagaces y elocuentes. Pero entre humanistas genuinos se postulaba algo que Gracián niega éxpresamente: sociedad, un mundo de escogidos en que valga la pena vivir. Las pocas *personas* que Andrenio y Critilo encuentran en sus peregrinaciones van solas por el mundo, viven en un desesperado, irremediable aislamiento. Viven en acecho.

Este nuevo rebato de Gracián en el campo de la moral humanística opera una disgregación análoga a la de antes. Creemos que Gracián nos va a afirmar algo, nos va a conceder algo, hasta que notamos que en sus palabras va implícita una negación de lo mismo que pretende afirmar. La discreción no nos habilita para la convivencia, sino para la lucha;

no nos da atractivos, sino defensas. Estas *personas* que desfilan por el *Criticón* son gentes agrias, incapaces de ver en el comercio humano otra cosa que peligros y trampas. La sociedad, aun la sociedad de los buenos, se atomiza. El mundo—este mundo que ya no lo es—se compone de masas gregarias y unos pocos desengañados, ásperos e insociables, siempre cautelosos.

Circunstancia necesaria de tales discretos es la independencia. Así como uno de los oráculos de la prudencia se encierra en la fórmula *hacer depender,* una regla básica de la moral de Gracián—al menos del que sermonea tristemente en el *Criticón*—es no depender de nadie. *Gran cosa aquello de no depender de voluntad ajena y más de un necio, de un modorro. Que no hay tormento como la imposición de los hombres sobre las cabezas* (I, XIII). Confesión preciosa en un hombre de las circunstancias de Gracián, al que sabemos incurso en varias violentas infracciones del voto de obediencia. Quizá esa confesión pudiera explicarnos muchas de las amarguras del filósofo—las amarguras de su vida y el amargor de su ánimo.

6

La cópula de elementos humanísticos con otros coincidentes con las ideas y propósitos de Alemán y Quevedo es en *El criticón* clara y patente; no lo es tanto en los otros libros de Gracián. Sería difícil simplificar en pocas fórmulas típicas las proposiciones centrales de *El discreto*, de *El héroe,* del *Oráculo* y engarzarlas con rigor de sistema. Unas actitudes contrastan con otras, un supuesto contradice al otro. Si en *El criticón* hemos visto a los discretos ir por los caminos del mundo solos y señeros, acechando y cautelándose, en el *Oráculo,* libro que por mil motivos hay que destacar en primera línea, hay mención frecuente de esa sociedad de escogidos que antes echamos de menos, hay reglas para brillar en ella, para suavizar y hacer más agradable el trato humano; el *saber noticioso,* los buenos dichos, las respuestas ingeniosas desempeñan aquí un gran papel. Sin esfuerzo referimos todo eso a reales circunstancias de la vida de Gracián, a aquellas gustosas tertulias celebradas en casa de Lastanosa sobre todo. Pero nuevamente cada página nos recuerda que no todas las palabras significan lo que antaño significaron y que Gracián ve el mundo de muy otra manera que Castiglione. A cada paso nos encontra-

mos con un vocablo desconcertante: *treta*. La treta se intenta contra alguien; no es un talento que decore a los que lo poseen, ni es una especulación ingeniosa o sagaz; es acción, y acción hostil, un medio de luchar con ventaja. ¿Luchar por qué?

Otra vez es el disimulo lo que Gracián aconseja, no mostrar las intenciones; otra vez propone, con lucidez y sagacidad extraordinarias, medios para adueñarse de los ánimos de los demás. ¡Y qué medios! *Hallarle su torcedor a cada uno... Hásele de prevenir el genio primero, tocarle el verbo; después cargarle con la afición, que infaliblemente dará mata al albedrío*. No se trata, pues, de convivir, sino de dominar.

El criticón contiene las ideas que Gracián obtuvo en su contemplación del mundo y de la vida humana; estos otros trataditos son su moral práctica. Para hallarles coherencia hay que buscar la clave fuera de ellos. En la noción de Alemán: ... *como el gato para el ratón y la araña para la culebra*. Sobrepóngase el prudente a los demás hombres. El dominio, imperativo de la prudencia.

El descubrimiento de Gracián es que la lucha por la prudencia humana no se libra en el ánimo del hombre, sino fuera. Sujetar al prójimo es hacerse libre, y sólo el que se ahorra de los demás tiene posibilidades de perfección. Hay una moral de com-

bate que opera con fintas, no se basa en verdades. Luchemos, pues, con ardides.

Milicia es la vida del hombre contra la malicia del hombre; pelea la sagacidad con estratagemas de intención. Nunca obra lo que indica; apunta, sí, para deslumbrar; amaga al aire con destreza y ejecuta en la impensada realidad... Auméntase la simulación al ver alcanzado su artificio y pretende engañar con la misma verdad. Muda juego por mudar de treta y hace artificio del no artificio, fundando su astucia en la mayor candidez. Son pocas líneas de un aforismo que cifra toda la originalidad de Gracián. Nótese el léxico: *estratagema, amagar, simulación, artificio, treta...* Todas las encarnaciones del Engaño al servicio de la Prudencia. Porque la vida es milicia contra la malicia...

Es esta malicia que nos rodea la que nos mantiene en acecho. Nuestra conducta no es sino táctica; o dicho llanamente: un medio de tener a raya a los demás. *Está a la espera la malicia; gran sutileza es menester para desmentirla. Nunca juega el tahur la pieza que el contrario presume, y menos la que desea.* Prudencia, flor de tahurería. Añagaza. Treta.

7

Y es que el mundo es malo. La malicia nos bloquea. ¿No están, pues, justificadas todas nuestras artimañas? Nuestro propósito es conseguir la discreción, la prudencia. En aislamiento.

Soledad de desamor que esteriliza la obra de Gracián, cuyas consecuencias históricas fueron sin duda considerables, pero sólo posibles cuando los moralistas volvieron a ser sociables y volvieron a sentir su corazón. Cuando la convivencia desinteresada, el arte de la convivencia, impuso el imperativo de ser, no de aparecer. No creo que esté estudiado este momento en que, actuando aún la filosofía del Desengaño, comienza a operarse la revaloración de la vida y la salvación del heroísmo.

Desaparece la moral de los hombres que no supieron vivir con desinterés. Los que pasaron por la amargura de sentir su oquedad mientras dejaban el mundo en hueco. Los que proyectaron sobre el mundo su propio vacío; los que cuidaron tanto de la defensa de su castillo interior, que jamás vivieron en él. *Hay grandes bajíos hoy en el trato humano; conviene ir siempre calando la sonda.* ¿Y el sondeo de la propia intimidad? Como Guzmán de Alfarache va huyendo hacia adelante de su instinto indomable,

Gracián, medroso de su espíritu, huye hacia el cuerpo de guardia a enfrentarse con hipotéticos enemigos de fuera. Moral picaresca: fuga que se disfraza de embestida. Doblemente terrible la menos espontánea, la que ignora el estímulo cordial, la del puro vacío.

JOSÉ F. MONTESINOS

(1) Esta cita queda necesariamente sin puntualizar, pues aunque ya en *El pensamiento de Cervantes* se inició un nuevo planteamiento del problema de la picaresca, los trabajos a que aludimos, salvo alguna primicia expuesta en conferencias y cursos, no han sido publicados aún. Han de ver la luz en breve.